

El paseante retrospectivo

La reedición de 'La ciudad', primer libro de Chaves Nogales, confirma su actualidad

JAVIER GONZÁLEZ COTTA / Sevilla
Libros canónicos sobre la ciudad hay varios. Unos más inflamados que otros. Pero si algo causa asombro en el libro de Chaves Nogales es que perdure su rescoldo, y que este fósforo, íntimo y diminuto, nos siga deslumbrado hoy.

La ciudad tiene total plenitud y una autoridad moral que la nostalgia no ha desmerecido. Y eso que Chaves Nogales concibe su paseo por la ciudad bajo el nimbo de una fatiga dulce, amiga, diletante. Su mirada se muestra com-

de que lo hiciera, cual gurú de la Cuesta de Moyano, Andrés Traipello). De la profesora Cintas esperamos su biografía sobre el periodista y escritor sevillano, que aparecerá bajo la luz apacible de octubre.

Manuel Chaves Nogales (Sevilla, 1891-Londres, 1944), antes de partir a Madrid, se definía como un «impenitente divagador». Se siente a gusto en el género multido del ensayo, entendido éste como el «discurrir a lo libre», según gustaba decir a Gracián. Las cargas juiciosas de Chaves están presentes hoy día. Hoy

como ayer (1920), Sevilla depende del óbolo del turista que la visita. Era ya, por entonces, aquel turista acucioso, el turista del *sleepingcar*, que quería ver pronto y rápido el pintoresquismo de exposición que le ofrecía la ciudad. El munícipe, tal que hoy, se lo mostraba solícito. Al visitante se lo saciaba en superficie, pero nunca a través de lo hondo, lo arcano, que exigía demora.

Leer *La ciudad* es en verdad releerla. Hallamos los viejos temas, pero que no han envejecido con atrocidad. He aquí un paseo deambuladorio, porque el joven sevillano,

Chaves, el periodista. Chaves, ¿el bueno?

La profesora Maria Isabel Cintas publicará su biografía sobre Chaves Nogales en otoño. No hallaremos aquí a 'Chaves el Bueno', como dijo Rajoy el día en que le regalaron un libro del autor, al cual desconocía ('Chaves el Malo' era, por supuesto, Manuel Chaves, ex presidente andaluz y actual vicepresidente tercero del Gobierno). Su biografía no nos acercará al hombre íntimo, severo con mostrarse, incluso a sus próximos. Será una «biografía profesional». Como título de vísperas, la profesora Cintas avanza uno: *El periodista independiente y sin fronteras*. «A Chaves Nogales –añade Cintas– hay que buscarlo por debajo de su acción. Lo que interesa de él es su integridad, su devoción por la democracia y los valores cívicos, su consecuencia humana y profesional como intelectual al servicio de la información». Hoy, probablemente, sería la biografía de un imposible.

pasiva. Otras veces tiene un resabio amargo, y otras tantas se vuelve transida, entre la cátedra y la elegía. Hacia 1920, nos habla ya de una ciudad fuera de órbita. Y lo hace cuando el novicio, que aspiraba a hacer periodismo serio en la Villa y Corte, tenía 23 años. Su timbre juicioso, su prosa moderna y antañona a la par, nos provoca –por qué no admitirlo– cierto prejuicio al saber que toda esta fabulosa cirugía a la ciudad la está haciendo un mocito un tanto preciado de sí.

El caso es que *La ciudad* no se entiende sin este vaivén de «actualidad retrospectiva» que tiene. Con acierto, lo sugiere el editor David G. Romero, responsable de esta reedición en Almuzara. Cuenta con prólogo de María Isabel Cintas, rescatadora de la obra de Chaves Nogales (mucho antes

más que pasear, deambula, buscando el recodo erudito. Unos de los pasajes más bellos es el que dedica a la tristeza, el aturdimiento grave de los patios sevillanos. Recuerda Chaves a Ortega y Gasset, quien decía que los patios sevillanos evocaban «la tristeza de las casas en que se ha muerto un niño, cuando todavía acuden las vecinas a ver la carita de cera del cuerpecillo amortajado». Cuando se entra en el patio, los colores fogosos de la ciudad hay que dejarlos en la cancela, anudados en un crespón negro de luto vitalicio.

Sobre las tallas de Semana Santa, Chaves Nogales cree que el imaginero, en la ontología de su oficio, intenta llegar a la belleza «por el camino del dolor, en el dolor mismo, y no por el dolor (romanticismo) ni a pesar de él (clasicismo)».



Tres instantáneas del periodista y escritor sevillano Manuel Chaves Nogales, autor del ensayo 'La ciudad', ahora reeditado. / EL MUNDO

El diletante, como se ve, no regatea los asuntos tópicos. El cante hondo, a su parecer, nace de los «alaridos de los hombres feos que tuercen la boca para volcar su tragedia, siempre contenida, enterrada siempre, entre flores de ingenio, en una enorme dehesa de ignorancia». Se ve que la

Unesco omitió lo dicho y elevó el flamenco a patrimonio cultural inmaterial de la humanidad.

El paseante reflexivo se demora en la Venta de Eritaña, lejana de toda reata de turistas. Allí sólo queda el espantajo de la farsa flamenquista. O, si acaso, un piano de manubrio que arrastra «un de-

jillo triste de supervivencia». El paisanaje sevillano, a juicio de Chaves, sobrevive a los siglos. Es la Sevilla tricéfala de los «sesudos clérigos», los «buenos caballeros» y los «sutiles menestrales». Los faldones de la curia seguían removiendo el aire por las calles. Los caballeros de Sevilla no tienen nada que ver con los señoritos («modernos berberiscos del Aljarafe»), sino con un sentido mesurado del hombre que en la cátedra o en el bufete dignifica el concepto de ciudadanía. Los sutiles menestrales, el pueblo bajo y sencillo, vive de su pan escaso. Pero se cierra a las nuevas ideas, aferrado al falansterio del corral de vecinos, o a las «más dolorosas habitaciones de proletarios que conocemos» (se refería el autor a las callejas allá por San Román).

Alaba Chaves el misticismo sublime de quien se llamó «gusano, hombrezuelo, hermano de los jumentos»: el calatravo Miguel Ma-

La obra tiene plenitud y una autoridad moral que la nostalgia no ha desmerecido

Hoy como ayer (1920) Sevilla depende del óbolo del turista que la visita

Antes de partir a Madrid, se definía como un «impenitente divagador»

ñara y Vicentelo de Leca. Es, no obstante, el hombre-cumbre –y no menor que otros– del Seiscientos español. Los pasajes finales de *La ciudad* se adecuan al giro novelado que toma su ensayo. Chaves evoca la eternidad que se pierde por la calle de las Sierpes. El viejo Café Cabeza del Turco, lo recrea con brioso ritmo. Los incomprendidos patriotas, los liberales, se ahogan en el centrifugado que llega: los Cien Mil Hijos de San Luis. No falta la paseata, también novelizada, desde la «calle sabia» de San Vicente hasta la «polifonía» y la «policromía» de la Encarnación. Lamenta el joven *flâneur* que en el mercado no existan apenas puestos de flores, para adorno y requiebro a las «obrerillas» de la ciudad. ¿Qué diría hoy Chaves del gran floripondio de vanguardia que nos ha sido legado?

Dé su opinión,

participe en los debates

www.elmundo.es/elmundo/opinion.html

Siempre con
EL MUNDO